

# LA INTELLECTUALIDAD EN ESPAÑA Y EN ESTADOS UNIDOS: COMPARACIÓN SOCIOLÓGICA

AMANDO DE MIGUEL

## I. CÓMO COMPARAR LO INCOMPARABLE

ESTAS PÁGINAS SE BASAN en diversos trabajos ya publicados sobre los intelectuales americanos (De Miguel 78, 78a, 79 y 79a) y algunos más inéditos sobre el mismo tema, más un amplio ensayo sobre los intelectuales españoles que verá pronto la luz con el título de *Los intelectuales bonitos*. Por razones de economía no me voy a extender aquí en la abundante bibliografía que sobre los dos países se recoge en esos trabajos. Dado que he publicado más sobre los intelectuales americanos (aunque todavía hay un volumen en el horno que se titulará algo así como *Socialismo en América*), se me permitirá que en este texto haga mayor uso de las notas del libro en preparación sobre la intelectualidad española.

Por una vez el idioma castellano permite una capacidad de abstracción que no tiene el inglés. En España podemos designar con la voz un tanto encomiástica de *intelectualidad* al conjunto de las personas cultas que influyen con la palabra escrita y que tienen conciencia de su singularidad. En Estados Unidos tenemos que apelar a una voz importada (*intelligentsia*) para caracterizar el mismo fenómeno o más bien utilizar el plural *intellectuals*, mucho más descriptivo y un sí es si no es despectivo. Más adelante veremos que esta distinta solución terminológica obedece a distintas maneras que tiene la intelectualidad o los intelectuales de aposentarse en la estructura social y política.

Sobre los intelectuales hay una abundante literatura, casi siempre referida a un solo país. Hora es ya de intentar una aproximación a la sociología de los intelectuales a través de una comparación entre varias sociedades. Me voy a valer de mi conocimiento y experiencia de España y Estados Unidos para intentar determinar los rasgos que son comunes a los intelectuales de los respectivos países. Si logramos precisar algunos de esos rasgos estaremos en disposición de dar validez al concepto de *intelectualidad*, todavía demasiado vago y hasta multívoco y contradictorio.

No se puede decir mucho para justificar el objeto de estudio, poniendo aparte el interés y la experiencia personal. En este caso me parece obvia la utilidad del conocimiento sobre los intelectuales para comprender muchos aspectos de la estructura política. El hecho que sean dos países de rango tan diverso hace aún más atractiva la comparación. Una primera hipótesis es que los intelectuales, tal y como aquí se definen, forman una delgadísima película en la estructura social que no es proporcional al tamaño de los demás estratos. Dicho de otro modo, los intelectuales forman un grupo destacado de personas que lo es con cierta independencia de la importancia objetiva del país en cuestión, de su volumen de población. En realidad, los intelectuales no forman un estrato. Tal y como aquí los voy a considerar, los intelectuales responden a un fenómeno de poder. Son los que, al escribir para el "sector instruido", justifican el esquema de poder dominante o bien lo critican. Siempre que se dé el hecho del poder, en sociedades donde existe un "sector instruido", aparecerá un núcleo de intelectuales. Si logramos establecer rasgos comunes, o por lo menos comparables, entre los intelectuales de un país-continente como Estados Unidos, central en el esquema de poder capitalista, y los de un país-periférico como España, habremos avanzado un paso en el análisis de ese importante fenómeno social.

La comparación entre España y Estados Unidos tiene más sentido del que parece porque la sociedad americana —en opinión de sus críticos— empieza a "tercermundizarse". Da la impresión de que el país más rico empieza a compartir los mismos quebraderos de cabeza que acosan a los países pobres: Los graduados universitarios no encuentran empleo, la gente ya no se mata a trabajar, la clase adinerada no paga impuestos, la burocracia no funciona, las grandes ciudades se vuelven imposibles de gobernar, aparecen insolventables conflictos culturales. Los intelectuales españoles (o para el caso de otros muchos países) importan temas de especulación de los Estados Unidos. Los intelectuales americanos se enfrentan con problemas reales que se suponía superados en una sociedad afluente. No es literatura que nos encontramos ante una crisis *mundial*, acaso por primera vez en la historia, y los intelectuales de cualquier azimut lo detectan.

En ambos países un primer dato que llama la atención es que los intelectuales son también los *intelectólogos* más renombrados, los que escriben sobre ellos mismos o sus compañeros. No sobre todos. Los autores que un intelectual selecciona para su crítica pertenecen por lo general a su propio círculo ideológico o a los secantes con él. Esto es más cierto en Estados Unidos donde por eso la noción de *círculo intelectual* es más aplicable, al ser las revistas (y no los partidos como en España) las que aglutinan los intelectuales (Kadushin 74 y 76). Este *insiderism* —para emplear la graciosa expresión de Robert K. Merton— hace que nuestros informadores sean a menudo demasiado

apasionados. Como se ha señalado para el caso francés, "cuando un intelectual considera a los intelectuales como objeto de sus reflexiones, lo hace por lo general en plan de confesión, imprecación o predicación, no como objeto de estudio" (Debray 79:29). Hay que imaginarse lo que sería por ejemplo la sociología electoral si la fuente básica estuviera constituida por los discursos y diatribas de los candidatos.

Por muchas semejanzas que establezcamos, quedará latente la conclusión de que los intelectuales de cada país son más de cada país que intelectuales. Daniel Bell sugiere el hecho sorprendente de que, teniendo los intelectuales contemporáneos todos los medios y la tradición para ser realmente un grupo transnacional, cosmopolita, la verdad es que no lo son (76:104). Todavía en Estados Unidos el hecho de su centralidad les permite viajar y ocuparse de otros países, aunque de todas formas el provincianismo es lo que priva. En el paisaje español el localismo es inmenso. En las letras españolas es sobremanera notoria la ausencia de la preocupación por otros países. Llama la atención la general indiferencia con que en la república española de las letras se ha recibido en estos últimos años a la caudalosa corriente de la inmigración política proveniente de América Latina. No digamos el desconocimiento que suele haber respecto de Estados Unidos, por muy central que sea. Son algunos miles los estudiantes que han ido estos últimos lustros a estudiar a los Estados Unidos. Sólo se pueden contar por unidades los libros que a su vuelta esos escolares han escrito *sobre* la sociedad americana. Acaso esa desproporción es lo que indique la "dependencia cultural".

Desde luego, resulta incomparable la riqueza, profusión y vigor de la vida intelectual americana en relación al provincianismo y la cordedad de la española. La primera explicación sería la de que la tradición democrática favorece la cultura, y la ahoga, en cambio, el peso de un sistema autoritario. Ojalá fueran las cosas tan sencillas. En primer lugar, hay un acuerdo general en que el final del franquismo no ha supuesto el enriquecimiento de la vida intelectual que se podía esperar. Al llegar la democracia a España se ha conseguido ciertamente una dosis considerable de libertad, pero las revistas intelectuales y la producción de libros se mantienen bajo mínimos. Alguna revista tan prestigiosa como *Cuadernos para el Diálogo* ha tenido que cerrar y las demás languidecen. Para mí hay un factor importante más que los grados de libertad y es el de los grados de centralidad. La cultura española se nutre cada vez más de las traducciones, la Universidad vegeta gracias a la ciencia que se produce fuera. En España la famosa *dependencia* lo es sobre todo cultural. Hay también una razón política. Durante los últimos años de la *dictablanda* franquista (no los de la durísima represión inicial) las actividades culturales aparentaban una frescura y vitalidad que les daba el hecho de confluír en ellas personas de distintas ideologías. En cierto modo la cultura era el sustituto de la

prohibida política y tenía todo el atractivo de lo clandestino y arriesgado. Después de Franco se produce la situación inversa: la vida cultural depende de los partidos, los intelectuales dicen lo que tienen que decir según el partido donde se instalan. Como, además, los partidos funcionan en régimen de *consenso*, que elimina al máximo las diferencias, las opiniones parecen converger. De hecho, muchos intelectuales han pasado a ser "funcionarios" de los partidos, cosa que ni con los falangistas de antaño se daba. Junto a los mandamases están ahora los *piensamases*. Nunca han estado tan cerca del poder, una luz cegadora que esteriliza la capacidad de pensar por cuenta propia. Es posible que todo ello haya reducido en favor de la paz social, pero a costa de un empobrecimiento de la vida intelectual, que es, por encima de todo, crítica, discusión y polémica viva.

En Estados Unidos la situación es muy diferente. Los intelectuales más prestigiosos se encuentran marginados de los partidos, de todos ellos, y la creación cultural se mantiene en una artificial situación beligerante que la hace sumamente atractiva. Además hay que registrar el obvio dato de que los intelectuales americanos más destacados saben que influyen sobre el resto del mundo, sobre una parte considerable del mismo. Los intelectuales españoles se ahogan en la charca local. Saben que ni siquiera van a influir en los círculos intelectuales latinoamericanos (como no sean novelistas de primera fila, y aun así). Su influencia en otros países no llega, en el mejor de los casos, más que a los "estudiantes de español".

El contraste entre la riqueza y variedad de la vida intelectual americana y la pobreza de la española no se deriva de lo incomparables que resultan ambas sociedades por la magnitud y riqueza de sus respectivas economías. Esto es demasiado evidente. Lo que no se explica tanto es cómo, siendo Madrid y sobre todo Barcelona, capitales de una industria editorial bastante floreciente y exportadora, falte en España una institución que abunda en Estados Unidos: la crítica literaria. No hay, ni de lejos, en España una revista que se acerque al *The New York Review of Books* o incluso a la mexicana *Nexos*, dedicada a la crítica de libros. Hay, sí, muchas revistas en España, pero, en ninguna de ellas sobresalen por su excelencia las páginas dedicadas a esa manifestación tan central de la vida intelectual en Estados Unidos. Lo normal es que las reseñas de libros en las revistas y diarios españoles—cuando aparecen— sean poco menos que anónimos y no lleguen más allá de una nota publicitaria. En España está más claro que la vida intelectual es, ante todo, vida política.

## 2. LOS INTELLECTUALES COMO GRUPO

Se ha visto muchas veces que los intelectuales no representan un corte proporcional de la población, ni siquiera del sector instruido o

que lee. En Estados Unidos suelen ser judíos con una frecuencia desusada, predominan relativamente en ellos los inmigrantes o hijos de inmigrantes y también los hijos de obreros o modestos empleados (Kadushin 74:26). En España el extrañamiento o rareza de la intelectualidad se nota también en el alto grado de movilidad social y geográfica con que se distingue de otras élites (Marsal 75:199, Oltra 76:85), con la excepción quizá de la eclesiástica. Bien es verdad que estas características no son del todo relevantes porque precisamente lo típico del intelectual es representar intereses que no son los suyos. La intelectualidad no es reducible a un grupo ocupacional, es más bien una relación de poder. Justamente es el alejamiento del sistema de partidos en Estados Unidos lo que confiere a los intelectuales un cierto carácter gremial, que en España es menos claro. Los intelectuales españoles se vinculan muy directamente con los partidos y son escasos los que cabalgan (o ladran) fuera de ellos. José Luis Aranguren puede ser un caso excepcional y resulta que casualmente ha sido muchos años profesor en Estados Unidos.

Siendo tan vasto y tan plural el país-continente que es EE.UU., llama la atención la enorme concentración de su élite intelectual en torno a Nueva York. Lo mismo podríamos decir de Francia y París. La comparación no se puede extender de modo automático a la situación española. Es cierto que hay libros sobre la cultura "española" que se refieren casi únicamente a lo que sucede en Madrid. No pueden ser completos. Es cierto que la vida intelectual exige concentrarse en la metrópoli más importante, pero en España hay dos. Esta bicefalia española es un hecho demográfico, social y político de primera magnitud. Madrid es, sin duda, la capital política de un Estado asaz centralizado, pero Barcelona es la capital editorial y no sólo de libros en catalán, claro está, sino de libros y revistas en castellano. No se puede entender la intelectualidad española —la más influyente que escribe en castellano— sin tener en cuenta esta dualidad Madrid-Barcelona.

Es más, en Estados Unidos está clarísima la vocación urbana de intelectuales. Es patente su propincuidad residencial en torno a Nueva York, como símbolo de *la* ciudad americana. En España no sólo se da esa dualidad Madrid-Barcelona, sino que se cultiva a veces la imagen del intelectual provinciano, a veces hasta rural, como en los casos prominentes de Pío Baroja, Joan Fuster, Miguel Delibes o Josep Pla.

Tradicionalmente los intelectuales eran los escritores: novelistas, ensayistas, poetas, críticos literarios, articulistas. En Estados Unidos abunda entre ellos la especie del profesor universitario, y cada vez más de ciencias sociales. En España la intelectualidad se recluta todavía del ámbito estrictamente "literario" y en todo caso de las Humanidades tradicionales (Filosofía y Derecho principalmente, pero también Medicina). Todavía es escasa la presencia de sociólogos o economistas en las huestes intelectuales españolas. Si se compara el contenido de las

páginas "culturales" de *El País* con las equivalentes de *The New York Times* o de *The New York Review of Books* se verá que en el diario madrileño abundan las piezas de índole filosófica o literaria de corte más tradicional. Esto es lógico si se tiene en cuenta el retraso con que se han introducido las ciencias sociales en las universidades españolas, en relación no sólo a la situación norteamericana, sino a la de México o Argentina. Este hecho explica, según Juan Goytisolo, el desprecio o el desprecio de los intelectuales españoles por la realidad circundante y su extraño cosmopolitismo literario (Goytisolo 67:190).

Tanto en Estados Unidos como en España existe la noción general de que el intelectual es una persona "literaria", (*men of ideas*) en el peor sentido de poco pragmática, despistada, incapaz de organizar, opuesta a las virtudes empresariales (*businessmen*). Éste es un estereotipo que, como todos, se corresponde bastante con la realidad, pero no siempre. En ambos países encontramos ejemplos suficientes y muy destacados de intelectuales que, más que escritores, son empresarios editoriales, fundadores de revistas, promotores de autores, compiladores de antologías, organizadores de ideas. Éste es el caso de Jesús Aguirre (antes de ser duque de Alba) o Joaquín Ruiz Giménez en Madrid, Carlos Barral o Josep María Castellet en Barcelona, Jason Epstein o Norman Podhoretz en Nueva York. Su actividad intelectual no es la de escribir libros, ni siquiera la de leerlos, sino la de leer manuscritos y de reunirse con otros intelectuales. Forman la grey de los empresarios de la cultura, la máquina literaria, el dispositivo para firmar manifiestos.

En Estados Unidos el intelectual de renombre aparece generalmente como un exitoso profesional, a la vez que se margina de los partidos políticos y desde luego del poder (si no es la minoría de intelectuales "establecidos"). En España se produce más bien la combinación inversa. El intelectual conocido no suele obtener grandes ganancias, con demasiada frecuencia se mantiene distante de la vida universitaria, pero suele gozar de la estima de los políticos bien situados. No hay que confiar demasiado en la estereotipada caracterización de la *intelligentsia* como opuesta por necesidad al poder. Los intelectuales son a veces protagonistas destacados del sistema político, en realidad ayudan a mantenerlo. Éste es más bien el caso español. También el británico, donde "virtualmente todos los que se han puesto a reflexionar sobre el sistema político han sido partícipes del mismo" (Nairn 77:33). En España es claro que una promoción de intelectuales "al servicio de la República" trajeron la República "de profesores" en 1931. El franquismo como ideología no fue una invención de Franco, sino que fue preparado por los pensadores agrupados en *Acción Española*. En la oposición al franquismo los intelectuales tuvieron un protagonismo desmesurado. En el actual Congreso o en los Gobiernos de Suárez hay más catedráticos que en el régimen anterior, donde esa presencia era ya desproporcionadamente alta.

En Estados Unidos también se da el salto de los *egg heads* o *intellectuals-in-residence* a los altos puestos de la Administración, pero más bien como asesores. Aun en el caso de que ocupen una posición ejecutiva, como Kissinger, sucede que en ella dejan de "ejercer" como intelectuales. No es éste el caso en España, donde se puede ver un alto cargo de la Administración, diputado o miembro de la ejecutiva de un partido y al mismo tiempo seguir dando clases, escribir libros o dictar conferencias. Ahí está el ejemplo de Enrique Tierno Galván, alcalde de Madrid, diputado hasta hace poco, presidente de un partido, y que continúa impartiendo sus clases en la universidad. Éste es un caso de *commuting* que resultaría impensable en Estados Unidos.

Hay un dato que puede asombrar y es la relativa lejanía de los intelectuales españoles de la universidad, y más todavía en Barcelona que en Madrid. La cátedra es en España una antesala de la política, cosa que raramente se acepta en Estados Unidos. De ahí que, paradójicamente, muchas vocaciones políticas opten primeramente en España por la universidad (el equivalente americano serían los puestos electorales a nivel local), mientras que no pocas vocaciones intelectuales se dirigen hacia trabajos editoriales. A veces este segundo camino es el resultado del mayor control político que durante los años del franquismo ha supuesto la entrada en el cuerpo de catedráticos de universidad. Sea como sea, el hecho paradójico es que los catedráticos aparecen entre los dirigentes de toda la gama de partidos: Manuel Fraga (extrema derecha), Antonio Fontán (centro), Ramón Trias Fargas (nacionalistas catalanes de derecha), Joan Hortalá (nacionalistas catalanes de izquierda), José María Maravall (socialista) o Ramón Tamames (comunistas). Acaso sea esta comunidad de "cuerpo" la que facilite más la extraña política de "consenso" que caracteriza a la joven democracia española. La contradicción se cierra al recordar que muchos intelectuales, no menos influyentes, han estado ausentes de la cátedra universitaria, aunque hayan profesado en universidades extranjeras: Julián Marías, Salvador Giner, Juan J. Linz, Esteban Pinilla de las Heras, Ignacio Sotelo, Sergio Vilar, José Vidal-Beneyto, Guillermo Díaz-Plaja, Juan Goytisolo, entre otros.

En el estudio de los intelectuales americanos tiene más sentido utilizar el criterio de "generación", por más que siempre resulte hiperbólico, puesto que en todo caso nos referimos sólo a unos pocos de los nacidos en un mismo tiempo. En Estados Unidos se distinguen muy bien los autores de la generación del Village (los nacidos a caballo entre los dos siglos), los de la generación de la Guerra Civil Española (los nacidos en torno a la I Guerra Mundial), los del Maccarthysmo y, por último, los del Vietnam. Hay en cada una de esas generaciones un definitivo y definatorio estímulo en torno a los años de formación universitaria o equivalente (De Miguel 78:105). En cambio, en el panorama español apenas se puede distinguir otra cosa que los auto-

res que vivieron o no vivieron la Guerra Civil. Todas las demás "generaciones" se definen interesadamente para destacar la centralidad del grupo de coetáneos. La mayor invalidez del concepto de "generación" proviene del cambio ideológico más o menos profundo que se produce con la edad de acuerdo con otras circunstancias personales. Lo normal es que al envejecer un autor se haga más conservador. Sin embargo, no es éste el proceso caracteriza en España a la generación de los que fueron "falangistas liberales" durante la Guerra Civil o inmediatamente después de ella y que fueron derivando con los años hacia posiciones francamente liberales, cuando no socialistas o incluso comunistas.

En Estados Unidos hay también sonoros procesos de conversión con ocasión del Maccarthismo; así tenemos que en los años 70 forman un conjunto establecido, los llamados "neoconservadores" (Daniel Bell, Seymour M. Lipset, Irving Kristol, Natan Glazer), de una edad parecida, judíos neoyorquinos, que en su juventud se orientaron hacia posiciones izquierdistas, incluso trotskystas.

Mejor que la idea de "generación", en España podríamos utilizar la noción de "genealogía" o estirpe. Por ejemplo, el árbol genealógico de la gran familia "católica", los que lo son públicamente. Pertenecen a distintos grupos de edad, pero en todo momento se encuentra en el poder un grupo de intelectuales católicos. Participaron muy activamente en los gobiernos de Franco y también lo están en los del régimen democrático. En las revistas intelectuales españolas, aun las más izquierdistas, es corriente ver la colaboración de los católicos como tales, a veces incluso sacerdotes, por más que se muestren radicales e incluso pronos a la doctrina de que la jerarquía eclesiástica no debe intervenir en política. Esta situación es por completo inimaginable en las revistas intelectuales americanas, fuera —claro está— de las formalmente católicas. No hay que resaltar las profundas diferencias entre la Iglesia católica de ambos países.

Los intelectuales americanos suelen publicar en revistas bien características de un cierto modo de pensar que los agrupa por afinidades ideológicas. Esa afinidad es mezcolanza en España. Tenemos, por ejemplo, *Cuadernos para el Diálogo*, una de las revistas más prestigiosas durante los últimos lustros del franquismo. En ella colaboraban habitualmente intelectuales democristianos (Óscar Alzaga, Rafael Arias-Salgado, Manuel Jiménez de Parga), socialistas (Pedro Altares, Elías Díaz, Luis Gómez-Llrente, Víctor Martínez Conde, Gregorio Peces Barba) o comunistas (Valeriano Bozal, Alfonso C. Comín, Armando López Salinas, Carlos París). Tal sincretismo es imposible que se pueda dar en una publicación americana. De ahí que la noción de "círculo intelectual" en torno a las revistas (Kadushin 74) para describir la realidad de Estados Unidos es inaplicable al mapa cultural español.

Lo típico de los escritores españoles no es tanto su colaboración en revistas como en diarios. Claro es que en Estados Unidos también se da

el rol de columnista o de colaborador en las páginas de opinión de los periódicos (singularmente la *Op Ed* del *The New York Times*), pero no con la frecuencia que caracteriza a los diarios españoles. No se trata de un fenómeno reciente. Desde Larra a Ortega ha sido constante la presencia de los intelectuales en la prensa diaria. Dice elegantemente Ortega: "He hecho que mi obra brote en la plazuela intelectual que es el periódico" (32:353). Y añade que "el artículo de periódico es hoy una forma imprescindible del espíritu y quien pedantescamente lo desdén no tiene la más remota idea de lo que está aconteciendo en los senos de la historia" (p. 354). Hay que precisar que por lo menos en España la comprensión de la vida intelectual se hace imposible sin seguir la lectura de media docena, al menos, de periódicos importantes. La inmensa mayoría de ese material no confluye en libros y de ahí que sea tan difícil su rastreo para los estudiosos extranjeros que no disponen del suficiente material hemerográfico.

Así como en las letras americanas hay un *establishment* muy nítido, tanto en la derecha (*The New York Times*) como en la izquierda (*The New York Review of Books*), en la situación española no se puede detectar con la misma claridad el equivalente de esas publicaciones "establecidas". Aun con las dimensiones tan reducidas del perímetro español, no se dan en él diarios de carácter "nacional" (en su antigua acepción de común a todo el territorio español). Hay que volver otra vez a la idea de la bicefalia Madrid-Barcelona. En Madrid los pensadores de la derecha han contado tradicionalmente con el *Abe* y en Barcelona con la *Vanguardia*. Faltaba, de todas formas, un diario más liberal, más orientado hacia el mundo de la cultura y ese hueco lo viene a llenar *El País*, el primer periódico con vocación de "nacional". No se puede calificar exactamente de "independiente", que es por otra parte la autocalificación de casi todos los diarios. *El País* responde muy bien al esquema de un periódico "establecido", atento a la producción cultural. Su capital aparece muy repartido, pero los accionistas no son simplemente los que tienen dinero para invertir. Se agrupan en varios núcleos de los que componen el "establecimiento político-cultural": (1) El grupo de los descendientes y discípulos de José Ortega y Gasset, conectados con otras empresas editoriales. (2) Los políticos más representativos del ala liberal democristiana de UCD, así como algunos antiguos franquistas "evolucionados". (3) Un núcleo muy distinguido de catedráticos de universidad, casi todos ellos en posiciones de autoridad académica. (4) Un conjunto de casas editoriales de mucho prestigio. (5) Una serie de intelectuales consagrados como Ricardo Bofill, Antonio Buero Vallejo, Camilo José Cela, Ángel Sopena o Ramón Tamames. Los accionistas que escriben suelen tener un tratamiento de favor en las páginas de *El País* y las editoriales con acciones reciben igualmente una atención especial por lo que respecta a los libros recensados en las páginas culturales. El senado más influyente de intelec-

tuales estaría constituido por los que colaboran simultáneamente en al menos dos de los tres periódicos establecidos (*Abe*, *La Vanguardia* y *El País*): José Luis Aranguren, Julián Marías, Ramón Triás Fargas, José María Areiza, Joan Fuster, Pedro Laín, Ramón Serrano Súñer, Salvador Pániker, entre otros. Lo común a todos ellos es un talante liberal y una cierta repugnancia anticomunista. Por cierto, que esas dos mismas características son también las que muestran los intelectuales más establecidos de la comunidad intelectual americana.

Conviene que pasemos ahora a comparar el abanico ideológico de una y otra intelectualidad. Como es lógico, en Estados Unidos se escora hacia la derecha. Lo que se considera "liberal" en EE.UU. en España aparecería como una posición básicamente derechista (o de "centro" como ahora se dice con manifiesto sesgo geométrico). En cambio, no pocos derechistas americanos considerarían que sus *liberals* son realmente "rojos" encubiertos. Es tanta la relatividad de la comparación que al llegar aquí se hace imprescindible la remisión al estudio de cada sociedad por separado. Dos palabras tan solo sobre la manera de pensar que distingue a los grupos, si es que grupos son.

### 3. LA MANERA DE PENSAR

Tanto en Estados Unidos como en España un rasgo muy característico del pensamiento de la derecha es el antiintelectualismo, hasta el punto de que desde ella se escribe muchas veces la palabra *intelectual* en cursiva. No me refiero tanto en España al "muera la inteligencia" de los militares o los obispos como el desprecio que sienten los propios intelectuales conservadores de sus colegas situados más a la izquierda. Entre los falangistas y mucha gente de orden José Antonio Primo de Rivera aparece como un "verdadero intelectual" y hasta como un "intelectual liberal". Pues bien, conviene recordar que el primer artículo que publica el joven Primo de Rivera (en 1931) se titula precisamente "La hora de los enanos", siendo "los enanos" la manera de conceptualizar a los escritores liberales de entonces, es decir los próceres del pensamiento: Ortega, Unamuno, Marañón, Pérez de Ayala. Éstos son para José Antonio Primo de Rivera "los ridículos *intelectuales* henchidos de pedantería [...] miopes, de estrechas cabezas, [...] los murmuradores, los envenenados de achicoria y nicotina, los *snobs*, los cobardes, [...] mezquinos, chillones, engolados en su mísera pequeñez" (74:3). Hubo, sí, un falangismo intelectual, pero un gran capítulo de la historia del franquismo se puede escribir como una sistemática persecución de los intelectuales liberales o izquierdistas, que eran casi todos. Se les acusa de ser la causa de todos los males, de haber desencadenado la Guerra Civil. Bien es verdad que esa contienda fue también una "guerra de las ideas", pero parece desmesurado achacar tanta mal-

dad a un grupo tan endeble. En plena guerra un catedrático de Derecho acusa a los que "se llaman a sí mismos, pedantesamente, *intelectuales*" de ser los "principales responsables de esta inacabada serie de espeluznantes dramas", como eran los "asesinatos, violaciones, crueldades, saqueos y destrucciones de la riqueza artística y de los medios de trabajo" (Suñer 37:7). Por las mismas fechas un distinguido psiquiatra pontificaba así: "el intelectual revolucionario es, sin excepción, enamorado de lo extranjero y maldiciente de lo español" (Vallejo Nájera 37:738). Por intelectuales "revolucionarios" entendía este autor los de la Institución Libre de Enseñanza. Hay que decir que si de algo pecaban era de encendido españolismo.

Todas éstas son historias pasadas. Sin embargo, continúa vivo el desprecio de los intelectuales de la derecha por los demás compañeros del gremio literario. El patriarca de las letras catalanas, Josep Pla, exclama que "al intelectual, en tanto que intelectual, le odio" (Pániker 66:10). Seguramente el entrevistador suavizó la expresión original.

En los dos grupos de intelectuales estudiados se encuentra un tema común, a salvo de todas las distancias: la preocupación por el ser o la identidad nacional. Es más, en el grupo de intelectuales "neopreservadores" que reflexionan sobre la derrota del Vietnam se encuentran notables similitudes con la actitud de los intelectuales de la generación del 98 en España respecto a la derrota colonial. (*Commentary* 75). En uno y otro caso se diagnostica la "decadencia" nacional, se critica el sistema parlamentario, y se busca el "cirujano de hierro" o el "líder político" que vuelva a encauzar la energía perdida. En ambos casos se hace un extenso uso de las metáforas clínicas o biológicas (*regeneración, enfermedad, diagnóstico, culpa*). Se trata de una concepción organicista de la sociedad muy típica de la derecha de todos los tiempos y lugares.

En España se observa una especialísima preocupación por definir las características del "verdadero" o "auténtico" intelectual frente a los que son nada más "pseudointelectuales". Esta obsesión moralista está menos presente en Estados Unidos. La cosa en España viene de lejos. Como el intelectual aparece demasiadas veces en el papel de actor de la política, los pensadores que permanecen en la oposición, del lado crítico, vituperan con placer a sus colegas que se mantienen como servidores del poder. Ortega en el pasado y Aranguren en los años que corren representan de manera excelsa esa actitud. Para Aranguren la "función de moralista, en la sociedad actual incumbe al intelectual y a nadie más que él". Y añade que personalmente a él le ha correspondido la tarea de "ayudar a los católicos españoles a libertarse de la estrechez de su catolicismo, a los marxistas, del dogmatismo cerrado de su concepción" (75:319). Frente a esta idea tan cristalina, un sociólogo como Marsal asegura que "tan intelectual es el puro, como el vendido al diablo. Los dos son aves de la misma pluma" (71b:181).

Una palabra sobre José Ortega y Gasset. Es, sin duda, el intelectual español más conocido en Estados Unidos y también el más influyente en España. Su significación ideológica varía con el espacio y el tiempo donde se proyecta. En Estados Unidos, Ortega es visto sobre todo como un pensador conservador, parafascista incluso; así aparece citado profusamente en *National Review*, *Modern Age* y demás revistas de orientación conservadora. Es el Ortega más aristocrático de *La rebelión de las masas*, de *España invertebrada*.

En España la influencia de Ortega ha sido múltiple, varía y hasta contradictoria su imagen. Ha generado todo un grupo de filósofos e historiadores de talante liberal (Julián Marías es el más destacado y más orteguiano que el propio Ortega). El maestro (casi por antonomasia) influyó también decisivamente en el estilo de una serie de pensadores falangistas, desde los fundadores (José Antonio Primo de Rivera, Ramiro Ledesma, Ernesto Giménez Caballero) hasta los falangistas de la Guerra (Pedro Laín, José María Fontana). Esta influencia desata la enemiga de los intelectuales católicos más reaccionarios. Dice así uno de ellos: "No ha habido en nuestras letras una visión más nihilista ni más arbitraria ni más ciega e injusta de nuestra historia patria como la que hace Ortega en su *España invertebrada*" (Marrero 61:104).

Hay por otra parte, "el Ortega de la República", el de sus escépticos, jacobinos artículos y discursos tan odiados por los franquistas como por los nacionalistas catalanes. Este es el Ortega que se difunde casi clandestinamente en los años 50 cuando despierta la generación universitaria del "medio siglo", la primera que no fue partícipe, ni siquiera testigo, de la Guerra Civil. Para ellos la figura del catedrático de metafísica, del "filósofo liberal" (por una vez en el sentido americano de "rojo") actuó como un mentor antifranquista, casi como un rebelde del pensamiento. Es curioso que durante esa época se censurara la publicación de los discursos de Ortega en el Congreso de la República, cuando en ellos se contiene una justificación del Estado centralista por el que abogaban los ideólogos del franquismo.

Por caminos muy distintos llegan muchos intelectuales de izquierda en Estados Unidos y en España a posiciones ferozmente anticomunistas. No es en absoluto comparable la sólida representación de los partidos comunistas españoles (eurocomunistas o más críticos aún de la "hegemonía" soviética) con la del escuálido Partido Comunista-EE.UU., todavía estalinista en muchos aspectos. El anticomunismo de los intelectuales de la izquierda española lo es de las posiciones eurocomunistas más moderadas que ostenta Santiago Carrillo. Fernando Claudín y Jorge Semprún han narrado de diferente forma el proceso por el que fueron expulsados del partido en 1964 por haberse adelantado a las posiciones eurocomunistas, o mejor, antisoviéticas. Otro exmilitante, Sergio Vilar ataca la organización del Partido Comunista (el español y el catalán) por ser un nuevo tipo de "partido burgués" en el que imperan "las

relaciones jerárquicas y la lucha de clases" (78:40). Una crítica menos virulenta, pero más profunda, es la de José María Vidal Villa. No es la del hereje, sino la del reformador. En su opinión, la revisión de Carrillo es una rebuscada teorización para desembocar de otra manera en una sociedad de tipo soviético, la cual estaría favorecida por un cierto sector tecnocrático de los países capitalistas. (77:19).

La crítica más despiadada la realiza el joven filósofo Enrique Gil Calvo, quien ridiculiza el actual "consenso" entre las fuerzas políticas mayoritarias, incluida la comunista. Según él, la política progresiva hoy no pasa por consolidar la burguesía en contra de un hipotético fascismo preindustrial "porque el fascismo *es* la revolución burguesa" (77:46). Este tipo de actitud es muy frecuente en lo que podríamos llamar "novísima izquierda" y es común a los dos países que estamos comparando. Presupone un cierto aire libertario o ácrata (no estrictamente anarquista), que es la divisa más actual de la izquierda más joven. En cierta manera es la asimilación de la actitud *radical*, en su acepción americana (no francesa), que en definitiva se concreta en una general desconfianza del Estado. Esta actitud es casi general en la intelectualidad americana. No lo era en la española en donde, al contrario, el Estado era para casi todos el símbolo de la racionalidad y el progreso. No lo es más. Precisamente el despertar desde la izquierda de los nacionalismos regionalistas en España es un síntoma de ese cambio de actitud. El equivalente americano sería quizá el compromiso de los intelectuales de la izquierda con la lucha de las minorías étnicas.

#### BIBLIOGRAFÍA

- José Luis L. Aranguren, *Talante, juventud y moral*. Madrid, Ediciones Paulinas, 1975.
- Daniel Bell, *The Cultural Contradictions of Capitalism*, Nueva York, Basic Books, 1976.
- "América Now: A failure of Nerve?" *Commentary*, 60-1, julio, 1975, pp. 16-87. (Respuesta a un cuestionario de 35 autores).
- Régis Debray, *Le pouvoir intellectuel en France*. París, Ramsay, 1979.
- Enrique Gil Calvo, *Lógica de la libertad: Por un marxismo libertario*. Barcelona, Anagrama, 1977.
- Juan Goytisolo, *El furgón de cola*. París, Ruedo Ibérico, 1967.
- Charles Kadushin, *The American Intellectual Elite*. Boston, Little, Brown, 1974.
- "Networks and Circles in the Production of Culture", *American Behavioral Scientist*, julio-agosto 1976, 769-784.
- Vicente Marrero, *La Guerra Española y el trust de cerebros*. Madrid, Punta Europa, 1961.
- Juan F. Marsal (comp.) *Los intelectuales políticos*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1971.

- Juan F. Marsal (comp.) "¿Qué es un intelectual en América Latina?", en *Marsal* 71, pp. 85-110, 1971a.
- "Pensadores, ideólogos y expertos". en *Marsal* 71, p. 191, 1971b.
- *La sombra del poder: Intelectuales y política en España, Argentina y México*. Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1975.
- Amando de Miguel, *El poder de la palabra*. Madrid, Tecnos, 1978.
- "La gran simplificación. Los intelectuales americanos y su visión de los Estados Unidos como modelo del último capitalismo", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 4, octubre-diciembre, 1978, pp. 7-27.
- "Socialismo e intelectuales en Estados Unidos", *Sistema*, 31, julio, 1979, pp. 29-42.
- *Los Narcisos*. Barcelona, Kairós, 1979a.
- Tom Nairn, *The Break-Up of Britain: Crisis and Neo-Nationalism*. Londres, NLB, 1977.
- Benjamín Oltra, *Pensar en Madrid: Análisis sociológico de los intelectuales políticos en la España franquista*. Barcelona, Euros, 1976.
- José Ortega y Gasset, "Introducción" [a una edición de sus obras], en *Obras Completas VI*. Madrid, Revista de Occidente, 1964, pp. 312-354. Publicada originalmente en 1932.
- Salvador Paniker, *Conversaciones en Cataluña*. Barcelona, Kairós, 1966. Entrevistas con 25 personajes.
- José Antonio Primo de Rivera, *Textos de doctrina política*. Madrid, Delegación Nacional de la Sección Femenina del Movimiento, 1974. Publicados originalmente entre 1931 y 1936.
- Enrique Suñer, *Los intelectuales y la tragedia española*. Burgos, Editorial Española, 1937.
- A. Vallejo Nájera, "Intelectualidad revolucionaria", en *F. Díaz-Plaja*, 79, pp. 737-741. Publicado originalmente en *Domingo*, 15 de agosto, 1937.
- José María Vidal Villa, "Eurocomunismo y nueva sociedad de clase", *El Viejo Topo*, agosto 1977, pp. 17-21.
- Sergio Vilar "La explotación del militante por el dirigente", *El Viejo Topo*, núm. extra 4, 1978, pp. 40-43.
- Fernando Díaz-Plaja (comp.), *Si mi pluma valiera tu pistola: Los escritores españoles en la guerra civil*. Barcelona, Plaza y Janés, 1979.